

El patito feo

Qué a gusto se estaba en el campo. Era verano, el grano estaba amarillo; la avena, verde; el heno se amontonaba en hacinas por los verdes prados que la cigüeña recorría con sus largas patas rojas mientras hablaba en egipcio, una lengua que había aprendido de su madre. En torno a sembrados y praderas había grandes bosques, y en los bosques, profundos lagos. Sí, ¡se estaba realmente a gusto en el campo! A pleno sol se alzaba una vieja mansión rodeada de profundos canales, y desde sus muros hasta el agua crecían unas enormes hojas de romaza, tan altas que debajo de las más grandes cabía un niño de pie. Por dentro era tan intransitable como el más espeso bosque, y allí, precisamente allí, había una pata en su nido. Empollaba a sus patitos casi con fastidio, pues aquello estaba durando más de la cuenta y rara vez recibía visitas. Las otras patas preferían nadar por los canales que sentarse junto a ella y parpar bajo una romana.

Al fin, uno tras otro, los huevos empezaron a romperse.

-¡Pío! ¡Pío! -se oyó, y todas las yemas cobraron vida y asomaron la cabeza.

-¡Cua! ¡Cua! ¡Cuánto tardabais! -dijo la pata.

Los patitos se despabilaron como pudieron y comenzaron a observar todo lo que había bajo las verdes hojas. La madre les dejó mirar cuanto quisieron, ya que el verde va muy bien para la vista.

-Pero ¡qué grande es el mundo! -exclamaron las crías, pues ahora tenían bastante más espacio que dentro del cascarón.

-¿Creéis que esto es todo el mundo? -preguntó la madre-. Si llega hasta el otro lado del jardín, ¡hasta el terreno del predicador! Pero yo nunca he entrado ahí. ¡Bueno, ya estáis todos! -Se puso en pie-. ¡Pero no, aún no los tengo a todos! El huevo más grande sigue ahí. ¿Cuánto tiempo va a tardar? ¡Ya me estoy hartando!

Y volvió a echarse.

-¿Cómo va todo? -preguntó una pata vieja que venía de visita.

-Este huevo está tardando una barbaridad -respondió la pata que estaba empollando-. No quiere romperse. ¡Pero tendrías que ver a los demás! Son los patitos más bonitos que he visto. Han salido a su padre. El muy bribón aún no ha venido a verme.

-Déjame ver ese huevo que no quiere abrirse -dijo la vieja-. ¡Seguro que es un huevo de pava! A mí también me engañaron así una vez, y me las vi y me las deseé con las crías, pues, para que lo sepas, le tienen miedo al agua. No conseguía meterlas. Graznaba y jadeaba, ¡pero de nada servía! Déjame ver ese huevo. ¡Sí, es un huevo de pava! Déjalo ahí y enseña a nadar a tus otros hijos.

-Me quedaré un poquito más -replicó la pata-. Llevo ya tanto tiempo aquí que, total, ¡bien puedo quedarme hasta que acabe la feria!

-Tú verás lo que haces -repuso la pata vieja al tiempo que se alejaba de allí.

Al fin el huevo grande se rompió.

-¡Pío! ¡Pío! -dijo la cría al caer al suelo.

Era muy grande y muy fea.

La pata la miró.

-Pero ¡qué patito tan horriblemente grande! -exclamó-. Los otros no tienen ese aspecto. ¡Espero que no sea un pollo de pavo! Bueno, enseguida saldremos de dudas. Irá al agua aunque yo misma tenga que meterlo a patadas.

Al día siguiente hacía un tiempo que era una bendición; el sol brillaba en las verdes romazas. La madre de los patitos bajó hasta el canal con la familia al completo.

-¡Plaf! -Saltó al agua-. ¡Cua! ¡Cua! -dijo.

Y, uno tras otro, los patitos se lanzaron al canal. El agua les cubría la cabeza, pero enseguida volvían a salir a flote fácilmente; sus patitas se movían solas, y todos, incluso la cría fea y gris, comenzaron a nadar.

-¡No, no, de pavo nada! -dijo la pata-. Mirad lo bien que usa las patas, qué erguido se mantiene. ¡Es hijo mío! En el fondo, mirándolo bien, es bastante guapo. ¡Cual! ¡Cual! Venid conmigo, os enseñaré el mundo y os presentaré en el corral de los patos, pero manteneos siempre pegaditos a mí, no os vayan a pisar, ¡y mucho cuidado con los gatos!

Y entraron en el corral de los patos. Había un terrible alboroto dentro, porque dos familias se disputaban una cabeza de anguila, que acabó llevándose el gato.

-¿Lo veis? Así funciona el mundo -dijo la madre de los patitos relamiéndose el pico, pues también a ella le habría gustado hacerse con aquella cabeza de anguila-. Y ahora, ¡moved las patas, patos! Vamos, id a hacerle una reverencia a esa pata anciana de ahí. Es la más distinguida de todo el corral. Es de sangre española, por eso es tan recia; como veis, lleva un paño rojo atado a una pata. Se trata de algo extraordinario, la mayor distinción que puede alcanzar un pato. Significa, ni más ni menos, que no quieren que se pierda y que desean que la conozcan animales y hombres. ¡A ver esas patas, patos! ¡No las juntéis al andar! Un patito bien educado separa bien las patas, como hacen papá y mamá. ¡Prestad atención! Ahora inclinad el cuello y decid: «¡Cual!».

Y así lo hicieron; pero los otros patos que había por allí los miraron y dijeron en voz muy alta:

-¡Mirad! ¡Chusma! Como si no fuéramos ya bastantes. ¡Puaf!, qué pinta tiene ese patito. ¡A ése no vamos a tolerarlo aquí!

Uno de ellos no tardó en acercarse volando hasta el patito y propinarle un picotazo en la nuca.

-¡Dejadlo en paz! -gritó la madre-. ¡No os ha hecho nada!

-No, pero es demasiado grande y raro -replicó el pato que le había picado-, y hay que escarnecerlo.

-Qué hijos tan hermosos tiene esta madre -dijo la anciana pata del pañuelo-. Todos son preciosos salvo uno, que no le ha salido bien. Me gustaría que lo repitiera.

Eso es imposible, Señoría -dijo la madre de los patitos-. No es hermoso, pero tiene buen carácter y nada tan maravillosamente como los demás, incluso me atrevería a decir que algo mejor. Espero que en el futuro mejore su aspecto, ¡o que sea más pequeño! Ha permanecido demasiado tiempo dentro del huevo y por eso no tiene la forma adecuada.

La madre le rascó un poco el cogote y le atusó el plumaje.

-Además, es macho -añadió-, de modo que no importa demasiado. Creo que será fuerte y sabrá defenderse.

-Los demás patitos son preciosos -dijo la anciana-. Sentíos en vuestra casa, y si encontráis una cabeza de anguila, traédmela.

Y en su casa se sintieron.

Pero el pobre patito que había sido el último en salir del cascarón fue objeto de picotazos, empujones y bromas por parte de patos y gallinas.

-¡Es demasiado grande! -decían todos.

El pavo, que había nacido con espolones y que por ello se creía emperador, se hinchó como un barco a toda vela, fue derechito hasta él, soltó un «gluglú» y se puso colorado. El pobre patito no sabía dónde meterse y estaba muy triste, porque tenía un aspecto horrible y era el centro de las burlas del corral.

Así pasó el primer día, y después las cosas fueron aún peor. Todos perseguían al pobre patito; sus hermanos se portaban muy mal con él y le decían: -¡Ojalá te lleve el gato, criatura inmundal

Y la madre:

-¡Ojalá te fueras bien lejos!

Los patos le picaban, las gallinas le picoteaban y la moza que echaba de comer a los animales lo apartaba a puntapiés.

Un día salió volando por encima del cercado, y los pajarillos que estaban posados en los arbustos se apresuraron a levantar el vuelo asustados. «¡Tan feo soy!», pensaba el patito con los ojos apretados, sin dejar de alejarse. Así fue como llegó al gran pantano, hogar de los patos silvestres. Pasó allí toda la noche, exhausto y afligido.

Por la mañana, al levantar el vuelo, los patos silvestres observaron a su nuevo compañero.

-¿Quién eres tú? -le preguntaron.

El patito se volvió en todas direcciones y les dedicó su mejor saludo. -¡Eres terriblemente feo! -dijeron los patos salvajes-. Pero eso a nosotros nos da lo mismo, ¡siempre que no te cases con nadie de nuestra familia! ¡Pobrecillo! Si había algo en lo que no pensaba, era en casarse. Apenas se atrevía a tumbarse entre los juncos y beber un poco de agua del pantano. Dos días con sus noches llevaba allí cuando aparecieron dos ocas salvajes, exactamente dos gansos, pues ambos eran machos. No hacía muchas horas que habían abandonado el cascarón y por eso eran tan bravucones.

-Escucha compañero -dijeron-, eres tan feo que nos gustas. ¿Por qué no vienes con nosotros y te haces ave de paso? Aquí cerca, en otro pantano, hay unas ocas salvajes de cuidado, todas ellas señoritas, que saben decir «¡Cua!». ¡Puede que tengas suerte, a pesar de lo feo que eres!

«¡Pim! ¡Pam!», se oyó en ese mismo instante; los dos gansos salvajes cayeron muertos entre los juncos y el agua se tiñó de rojo sangre. «¡Pim! ¡Pam!», volvió a resonar, y bandadas enteras de gansos surgieron de entre los juncos. Las detonaciones se repitieron. Era una gran cacería; algunos cazadores rodeaban el pantano y otros estaban sentados en las ramas de los árboles que se extendían sobre los juncos. El humo azul pasaba como una nube entre los oscuros árboles y se quedaba suspendido por encima del agua. Entre el lodo avanzaban los perros, chas, chas, y juncos y carrizos se agitaban hacia todos los lados. El espanto se apoderó del pobre patito, que, en el momento en que volvía la cabeza para esconderla bajo el ala, se encontró junto a un perro terriblemente grande, con una lengua que le colgaba cuello abajo y unos ojos de un brillo horrible y repugnante. Acercó las fauces al patito, mostró los afilados dientes y... chas, chas, se marchó por donde había venido sin tocarlo.

-¡Alabado sea Dios! -suspiró el patito-. ¡Soy tan feo que ni el perro ha querido morderme!

Y se quedó muy quietecito mientras los perdigones silbaban entre los juncos y resonaba un disparo tras otro.

Hasta bien entrado el día no se hizo el silencio, pero aun así la joven cría no se atrevió a levantar el vuelo y aguardó varias horas más antes de decidirse a mirar a su alrededor y alejarse del pantano chapoteando como alma que lleva el diablo. Dejó atrás sembrado y prado, pero el viento soplaba con tanta fuerza que a duras penas le permitía avanzar.

Hacia la tarde llegó a una pobre casita de campo, tan mísera que, no sabiendo ni ella misma hacia qué lado desmoronarse, permanecía en pie. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del patito que a éste no le quedó más remedio que sentarse sobre su cola para hacerle frente. Y la cosa iba de mal en peor. Entonces advirtió que la puerta se había desencajado de uno de sus goznes y estaba tan torcida que dejaba una rendija por la que podía escabullirse en el interior de una habitación. Y así lo hizo.

En la casita vivía una anciana con su gato y su gallina. El gato, al que llamaba Hito, sabía arquear el lomo y ronronear, y hasta echar chispas, aunque para eso había que acariciarlo a contrapelo. La gallina tenía unas patitas muy cortas y por eso la llamaban *Kikirikipaticorta*, pero ponía buenos huevos y la mujer la quería como a una hija.

A la mañana siguiente no tardaron en descubrir al patito desconocido, y el gato comenzó a ronronear y la gallina a cloquear.

-¡Pero esto qué es! -exclamó la mujer mientras miraba a su alrededor; como no veía demasiado bien, tomó al patito por una pata regordeta y perdida-. ¡Qué agradable captura! -exclamó-. Ahora tendré huevos de pata, siempre que no sea un macho, claro está. La pondremos a prueba.

El patito fue admitido a prueba durante tres semanas, pero no puso ningún huevo. El gato era el amo de la casa y la gallina el ama, y a todas horas decían:

-Nosotros y el mundo.

Y creían firmemente que ellos eran la mitad y la mejor parte. El patito pensaba que era posible opinar de modo distinto, algo que la gallina no soportaba.

-¿Sabes poner huevos? -le preguntó.

-¡No!

-Pues entonces cierra el pico. Y el gato preguntó:

-¿Sabes arquear el lomo, ronronear y echar chispas?

-¡No!

-Entonces, ¡no opines cuando hable la gente sensata!

Y el patito se sentó en un rincón, malhumorado. Se acordó del aire fresco y de la luz del sol, y le entraron tantas ganas de bañarse que al fin no pudo evitar decírselo a la gallina.

-Pero ¿qué es lo que pasa contigo? -le preguntó ella-. No tienes otra cosa que hacer, por eso te dan esas ventoleras. Pon un huevo o ronronea, así se te pasará.

-Pero ¡si bañarse es estupendo! -repuso el patito-. Es estupendo que el agua te cubra la cabeza, zambullirse hasta el fondo...

-¡Sí, menuda diversión! -replicó la gallina-. Debes de haber perdido el seso. Pregúntale al gato, que es el más listo que conozco, si le gusta bañarse o sumergirse. Por no hablar de mí misma... Pregúntale a nuestra ama, la anciana, ¡no hay nadie más inteligente que ella en este mundo! ¿Crees que le apetece bañarse y que el agua le cubra la cabeza?

-No me entendéis -protestó el patito.

-Pues si nosotros no te entendemos, ¿quién te entiende? No pretenderás saber más que el gato y la señora, por no mencionarme a mí. Déjate de bobadas y da gracias al Creador por todas las cosas buenas que has recibido. ¿Acaso no estás en un lugar caliente y frecuentas unas compañías que tienen mucho que enseñarte? Pero eres un bobo y tu compañía no resulta divertida, ¡puedes creerme! Te digo todas estas cosas desagradables por tu bien, que en eso se reconoce a los verdaderos amigos. Tú trata de poner huevos y aprende a ronronear o a echar chispas.

-Creo que saldré a recorrer el ancho mundo -dijo el patito.

-Tú verás lo que haces -dijo la gallina.

Y el patito se marchó. Se bañó y se sumergió, pero todos los animales lo menospreciaban a causa de su fealdad.

Llegó el otoño, las hojas del bosque se tornaron amarillas y castañas, el viento arreció contra ellas haciéndolas danzar, y por el color del cielo se adivinaba que hacía mucho frío. Las nubes pendían plumizas cargadas de granizo y copos de nieve, y en la cerca el grajo gritaba «¡grrr, grrr!» de puro frío. Sí, sólo pensar en ello hacía tiritar, y el pobre patito lo pasaba muy mal. Una tarde, al ponerse el sol bien puesto, una bandada de enormes y hermosísimas aves salió de entre los arbustos. El patito jamás había visto nada semejante, de un blanco tan reluciente y con aquellos largos y ágiles cuellos. Eran cisnes que, emitiendo un fantástico sonido, extendieron sus espléndidas y majestuosas alas y echaron a volar; alejándose de las tierras frías en busca de comarcas más cálidas, del mar. Se elevaron alto, muy alto, y el patito feo se sintió muy extraño; giró por el agua como una rueda, alargó el cuello por el aire hacia ellos y lanzó un grito tan fuerte y tan desconocido para él mismo que se asustó.

Oh, no podía olvidar aquellas aves maravillosas, aquellas aves dichosas; en cuanto las perdió de vista se zambulló hasta el fondo, y cuando emergió estaba fuera de sí. Ignoraba cómo se llamaban las aves o hacia dónde se dirigían, pero las amaba como jamás había amado a nadie. No las envidiaba lo más mínimo porque ¡cómo imaginar semejante maravilla para sí, él, que se daría por satisfecho con que los patos lo aceptaran como uno de ellos! ¡El pobre y feo animal!

El invierno fue muy, muy frío; el patito se veía obligado a nadar en círculos para evitar que el agua se congelara, mas cada noche que pasaba, el agujero en el que nadaba se iba haciendo más y más pequeño. Hacía tanto frío que el hielo que cubría el agua crujía y el patito no podía dejar de mover las patas para que el agua no se congelara. Al final, agotado por el esfuerzo, se quedó inerte y acabó aprisionado en el hielo.

Por la mañana temprano llegó un campesino que, al verlo atrapado, golpeó el hielo con uno de sus zuecos hasta partirlo y se lo llevó a su mujer. Allí se reanimó.

Los niños querían jugar con él, pero el patito creyó que pretendían hacerle daño y, presa del miedo, se precipitó hacia la lechera y derramó la leche por la habitación. La mujer se puso a gritar y a

llevarse las manos a la cabeza, así que el pequeño voló hasta la artesa donde tenían la mantequilla, después bajó al barril de la harina y vuelta a subir. ¡Caramba, cómo se puso! La mujer seguía chillando y tratando de atizarle con las tenazas de la lumbre, y los niños se atropellaban unos a otros para dar caza al patito, riendo y gritando. Por fortuna, la puerta estaba abierta y el pobre patito corrió entre los arbustos sobre la nieve recién caída. Y allí se quedó, como aletargado.

Sería demasiado triste contar todas las fatigas y penalidades que pasó durante aquel largo invierno. Estaba en el pantano, entre los carrizos, cuando el sol volvió a calentar y las alondras reanudaron su canto. Había llegado la primavera.

Entonces levantó de un solo golpe las alas, y, batiéndolas con fuerza, se alejó velozmente de allí; y, antes de que pudiera darse cuenta, se encontró en un gran jardín donde los manzanos estaban en flor y las lilas, de intenso aroma, colgaban de sus largas ramas verdes y se inclinaban sobre los sinuosos canales. ¡Oh, qué lugar tan maravilloso, qué frescor primaveral! Justo frente a él, de entre la espesura, surgieron tres hermosos cisnes blancos; batieron las alas y avanzaron ligeros por el agua. El patito reconoció a los espléndidos animales y quedó sumido en una extraña melancolía.

-¡Volaré hasta esas aves regias! Y ellas me matarán a picotazos por osar, siendo tan feo, acercarme a ellas. ¡Pero no me importa! ¡Mejor que me maten ellas que volver a sufrir los rigores del invierno, aguantar que me piquen los patos, me picoteen las gallinas y me cosa a puntapiés la moza que cuida del corral! Y voló hasta el agua y nadó hacia los magníficos cisnes, que al verlo lo recibieron ahuecando el plumaje.

-¡Matadme! -dijo el pobre animal mientras agachaba la cabeza hacia la superficie del agua y se aprestaba a morir.

Pero ¿qué es lo que vio en las claras aguas? Vio su propia imagen reflejada, que no era ya la de un torpe y oscuro patito feo y repugnante, sino la de un cisne.

¡Qué importa que hayamos nacido entre patos si hemos salido de un huevo de cisne!

Se sintió muy dichoso por todas las penas y adversidades que había pasado; ahora valoraba en su justa medida su ventura, toda la belleza que le saludaba. Y los grandes cisnes nadaban en torno a él rozándolo con el pico.

Al jardín llegaron algunos niños para echar pan y grano al agua, y el más pequeño gritó:

-¡Hay uno nuevo!

Y los demás niños se alborozaron con él:

-¡Sí, ha venido uno nuevo!

Y dieron palmas y bailotearon, corrieron en busca de su padre y su madre, arrojaron pan y bizcochos al agua y todos dijeron:

-¡El nuevo es el más hermoso! ¡Tan joven y tan bonito! Y los cisnes mayores se inclinaron ante él.

Entonces se sintió avergonzado y escondió la cabeza tras las alas, aunque él mismo ignoraba el porqué. Era demasiado feliz, pero no sentía orgullo, pues un buen corazón jamás es orgulloso. Pensaba en lo mucho que lo habían perseguido y escarnecido para ahora oír a todos decir que era la más maravillosa de todas las aves. Las lilas se inclinaban con sus ramas hacia él hasta tocar el agua y el sol brillaba cálido y fuerte. Ahuecó el plumaje, alzó el esbelto cuello y, con todo su corazón, exclamó:

-Jamás soñé tanta dicha cuando era el patito feo!